

CAPITULO IV.

CONTINUACION DE LA GUERRA CON LA INGLATERRA. — CONFEDERACION DEL NORTE. — MUERTE DE PABLO I°. — GUERRA DE PORTUGAL CON ESPAÑA. — PAZ DE MADRID. — CONCORDATO. — CAPITULACION DE ALEJANDRIA EN EGYPTO. — PAZ CON LA BAVIERA. — PRELIMINARES DE PAZ CON LA GRAN BRETAÑA. — PAZ CON LA RUSIA. — CON LA PUERTA OTOMANA.

(1801)

La coalicion se reducía á la Inglaterra , al Portugal , su colonia , y á la Puerta Otomana , hecha su satélite por la guerra de Egipto. Las cortes del Norte con su neutralidad armada se oponian como las de Francia , España é Italia , al despotismo marítimo de la Gran Bretaña. Jamas estalló declaracion mas formidable contra la soberania de los mares. Esta acta quedará como uno de los mas hermosos monumentos del consulado de Bonaparte. Toda la parte de acá del Elba se habia sometido á las estipulaciones del tratado de Luneville. El cuerpo germánico , siguiendo la suerte del Austria , se habia visto comprendido , sin

ser consultado en los sacrificios impuestos al Emperador. Los Franceses poseian ú ocupaban toda la Italia desde la parte de acá del Adigé. El soberano del Piamonte y la república genovesa iban á desaparecer. El nuevo reino de Etruria no hacia pronosticar una existencia muy duradera; el pleito de la corte de Nápoles estaba aun pendiente; pero se hallaba en una especie de entredicho político. Todos los príncipes seculares de la península habian perdido su consistencia, el Sumo Pontífice solo conservaba la suya. El Papa obtenia su entera independendencia con la condicion de cerrar sus puertos á los Ingleses , y el supremo magistrado de la República francesa reconocia las leyes del Vaticano.

El general en gefe Murat , á quien el primer cónsul mandaba , por el intermedio del ministro de la guerra , asistir á alguna ceremonia solemne religiosa , estaba encargado acerca del Santo Padre de una negociacion , cuya tradicion se originaba únicamente del hijo primogénito de la Iglesia. El general Soult y su estado mayor recibieron la órden de ir á misa en el reino de Nápoles y de vivir en paz con los curas. La obediencia de los

generales no era dudosa ; pero lo que se miró entonces como una órden de mera disciplina militar encubria un gran secreto entre el Papa y Bonaparte.

Entretanto, y aunque la Italia entera llevase el yugo de la República, un puerto de una isla arrimada á la Toscana ofreció con su larga resistencia una excepcion honrosa al poder de la Francia. Por el tratado de Florencia de 28 de marzo entre la Francia y Nápoles, la reina Carolina nos cedió el principado de Piombino y todo cuanto poseia en la isla de Elba ; lo demas pertenecia á la Toscana. Pero los Ingleses ocupaban militarmente la isla entera, y los puertos napolitanos de Porto-Longone y de Porto-Ferrayo, de donde salian los cruceros británicos, tenian bloqueado estrechamente al reino de Etruria. En consecuencia, Murat recibió el encargo de apoderarse de la isla de Elba. Bonaparte, como si se hallase dominado por una prevision fatal, puso tanto empeño en este asunto que él mismo extendió el plan de ataque. La expedicion salió de la isla de Córcega el 30 de abril, bajo el mando del coronel Mareotti, y solo experimentó algunos obstáculos por parte de

unos puestos ingleses que fueron rechazados. El gobernador napolitano de Porto-Longone entregó, en virtud del tratado, la plaza á los Franceses. La expedicion que salió de Piombino, bajo las órdenes del general Tharreau, no tuvo un igual suceso delante de Porto-Ferrayo. El gobernador era Ingles, y como tal no quiso conformarse al tratado de Florencia. Fue preciso sitiarse á aquella plaza, lo que hizo el general Watrin ; pero luego el almirante Warren cercó á toda la isla con su escuadra. Los Franceses experimentaron algunas pérdidas marítimas, y las tropas del sitio se hallaron enteramente aisladas de la tierra-firme. Porto-Ferrayo, defendido por algunos centenares de hombres, resistió con vigor á muchos asaltos, y sostuvo un bombardeo. La plaza quedó en poder de los Ingleses, hasta que se formaron los preliminares del tratado de Amiens, cinco meses despues del ataque del general Tharreau. De manera que la voluntad impaciente de Bonaparte no pudo reducir á su imperio á este puerto reservado por los hados como un asilo á su caida ; estaba, por decirlo así, llevado á pesar suyo á hacer un reconocimiento en el porvenir ; habia dado ya

una prueba notable de esta disposicion singular de su espíritu , cuando , despues del tratado de Luneville , dijo á los diputados de la Bélgica : « *Aun cuando el enemigo hubiese tenido su cuartel general en el arrabal de San Antonio , el pueblo frances nunca hubiera renunciado á la Bélgica.* »

La Inglaterra reinaba sobre los mares ; pero no se hallaba en disposicion de ejercer su imperio , por habersela cerrado todos los puertos de la Europa. Habia procurado romper la confederacion del Norte , hecha á instigaciones de la Francia , en el mes de diciembre de 1800 , entre la Rusia , la Prusia , la Suecia y la Dinamarca. Pero las negociaciones abiertas en Berlin no habian podido tener resultado y se habia proclamado un embargo recíproco y universal. El emperador Pablo era el alma de esta proscripcion contra la Inglaterra. El plan general de defensa se concertó en los consejos de San Petersburgo. Hostilidades locales señalaron la cruzada de los confederados. Las bocas del Elba , del Weser y del Ems quedaron cerradas ; la Prusia invadió el Hanover y los Dinamarqueses ocuparon á Hamburgo. Se hicieron inmensos preparativos en los astilleros

y en los puertos de Holanda , de Rusia , de Suecia y de Dinamarca. Tres ejércitos rusos se reunieron en Lituania. Pablo I^o , aliado y amigo sincero de Bonaparte , desde que éste le habia devuelto los prisioneros moscovitas , era el gefe natural de todos los pabellones del Norte contra el derecho de visita. Sus fuerzas marítimas consistian en ochenta y siete navíos de línea y cuarenta fragatas. La Suecia tenia diez y ocho navíos de alto bordo y catorce fragatas. La Francia cincuenta y cinco navíos de línea y cuarenta y tres fragatas ; disponia , ademas , de la marina holandesa , española y napolitana. Jamas se habia reunido armamento mas formidable contra el poder de la Inglaterra. Las costas del Norte se cubrieron de baterías. Una escuadrilla de lanchas cañoneras estaba estacionada cerca de Altona en donde estaban acampados veinte mil hombres. Si las tres potencias del mar Báltico hubiesen tenido tanto concierto como fuerzas , el pabellon ingles no se hubiera atrevido á presentarse en esos parages. Pero es regular que se supiese en Londres cual era el verdadero estado de las cosas , pues Nelson se atrevió á desafiar con cincuenta y dos buques á los ciento

noventa y seis de la coalicion , sabiendo muy bien que no se hallaban reunidos. El punto natural del ataque de los Ingleses era todavía la infeliz ciudad de Copenhague , cuyo gobierno habia adoptado para siempre la divisa de *Honor y Fidelidad*. La escuadra inglesa salió de Yarmouth el 12 de marzo. El gobierno ingles , antes de la expedicion , hizo proposiciones tan humillantes , que se contestó al negociador con sus pasaportes. El 30 de marzo los Ingleses pasaron el Sund , y por la tarde anclaron delante de la rada de Copenhague. Se podian contar desde la ciudad los navíos que iban á hacerla cenizas. Se veia reducida á defenderse sola. En efecto , por una fatalidad , que acaso deja sospechar algun misterio en la coalicion , la escuadra sueca no debia hacerse á la vela sino á la mañana siguiente , y la escuadra rusa se hallaba demasiado lejos ; de manera que las baterías de tierra y de mar de los Dinamarqueses , no pudiendo igualar las de la escuadra británica , Nelson pudo repetir con suceso la maniobra de Aboukir. Esta batalla terrible , en que los Dinamarqueses tuvieron toda la gloria , y los Ingleses la victoria , tuvo lugar el 2 de abril y duró cuatro horas.

La pérdida de los combatientes midió las fuerzas respectivas. Los Ingleses tuvieron mil muertos y los Dinamarqueses dos mil. Solo habia seis mil hombres de tropa en Copenhague. Un armisticio de cien dias dió fin á esta lucha desigual.

Los empeños de Pablo I° con Bonaparte contra la Inglaterra no se limitaban al mar Báltico. Los dos aliados tenian proyectada la invasion de la India con un ejército combinado frances y ruso de setenta mil hombres , que debia llegar á las orillas del rio Indo en el discurso de cuatro meses. La ciudad de Asterabad , sobre el mar Caspio , en Persia , era el punto de reunion general. Bonaparte , cuando concibió esta empresa audaz , tenia el Egipto á la mira ; salvaba al ejército generoso que habia dejado en aquel pais y conservaba á la Francia una colonia preciosa. Al mismo tiempo , hacia participar la metrópoli á los intereses del Asia y del Africa , libertaba á los mares , derribaba á la media-luna y mudaba la faz del mundo.

Pero el atentado mas execrable sirvió entonces á la fortuna británica. En la noche del 24 de marzo , Pablo I° halló asesinos en su pa-

lacio. A pesar de una defensa heroica, este príncipe pereció del modo mas cruel y por manos las mas nobles de su imperio. Despues de este crimen, que preservó á la Inglaterra, se leyó en el Monitor de Francia: *Pablo I° ha muerto en la noche del 23 al 24 de marzo. La escuadra inglesa ha pasado el Sund el 30. La historia dirá las relaciones que han podido existir entre estos dos acontecimientos.* La proclama imperial de San Petersburgo publicó que el emperador habia muerto de *apoplegía!!!*

La muerte de Pablo I° rompió la coalicion del Norte. Alejandro se dió prisa en abjurar la conducta de su padre, y por un tratado de comercio, concluido el 17 de junio del mismo año, reconoció el derecho odioso de visita, contra el cual el honor de las naciones acababa de armarse. La Dinamarca, la Prusia y la Suecia tuvieron que acceder á este tratado impuesto por la fuerza. Los Dinamarqueses evacuaron á Hamburgo, los Prusianos al Hanover, y todas las costas del norte volvieron á admitir á los Ingleses.

El Portugal, único aliado de la Gran Bretaña al principio de este año, quedaba abierto

por la parte de tierra á la invasion de la Francia y de la España. Era el único punto del continente, donde Bonaparte podia en adelante alcanzar la potencia inglesa, y su política le mandaba quitar este último apoyo á su enemigo. Con el fin de completar el bloqueo general, que entonces rodeaba á la Europa, tomó la resolucion de valerse de la España para sus planes contra la corte de Lisboa. Dió á su hermano Luciano el encargo de ir, como embajador á negociar en Madrid, la invasion del Portugal por las tropas españolas y francesas combinadas; pero antes propuso la paz al gabinete portugues, con tal que renunciase la alianza inglesa, cerrase sus puertos y entregase la cuarta parte del reino á los ejércitos franceses y españoles. Esta proposicion fue rechazada por el príncipe regente con mucha altanería, porque pensaba que esta circunstancia debia asegurarle el apoyo y los auxilios de un gobierno por quien exponia su propia existencia política. Pero en Inglaterra, en donde se atiende al provecho primero que al honor nacional, el consejo decidió que los preparativos que se hacian abiertamente, para salvar al Portugal, podrian encubrir una expe-

dicion , sino tan generosa á lo menos mas útil. En efecto los navíos preparados para defender á aquel reino se dirigieron sobre el Egipto, y la mayor parte de las fuerzas inglesas se embarcó en el mismo Lisboa para este nuevo destino. Así es que el Portugal cayó de repente con relacion á la Inglaterra en la misma situacion que se hallaba la Dinamarca respecto á la Suecia, y se vió reducido á sus solas fuerzas.

El primer cónsul, para lograr la cooperacion de la España, habia estimulado el amor propio del príncipe de la Paz, valido todo poderoso, á quien obedecian el rey, la reina y la nacion. Hizo ademan de ponerle á la cabeza de la expedicion que se componia de un ejército español de cuarenta mil hombres, y de un ejército frances, reunido en Burdeos, bajo el nombre de ejército de los Pirineos, y mandado por el general Gouvion San Cir; el título de generalísimo y de conquistador se dejaron á Godoy; el tratado se firmó en Madrid. Pero el primer cónsul no quiso correr los lances de una confianza entera en los talentos militares del generalísimo. Hizo él mismo el plan de la campaña, y para asegurar mejor

la ejecucion, dio á San Cir el encargo de ir á tomar en Madrid la direccion de aquella guerra, y nombró á su cuñado el general Leclerc comandante del ejército de los Pirineos. Entretanto, y á pesar de tantas precauciones, el ardor belicoso del príncipe de la Paz desbarató las medidas tomadas. Un cuerpo de quince mil Portugueses se habia adelantado, y despues de haberse cangeado las declaraciones de guerra entre los dos Estados vecinos, el ejército español habia marchado sobre el enemigo. En pocos dias este ejército, aunque mandado por el príncipe de la Paz, no hallando resistencia ninguna, ni en las plazas ni en las posiciones, se apoderó con la mayor facilidad de dos ó tres provincias. En tales circunstancias, la corte de Lisboa pensó que podría apartar el nublado que la amenazaba por parte de la Francia, cediendo á la España la fortaleza de Olivenza con su territorio. El príncipe de la Paz, que habia adquirido un nuevo título al nombre que llevaba, con esta campaña, adquirió otro derecho por el tratado que se dió prisa á firmar en Badajoz con el príncipe regente de Portugal, y sin pedir la anuencia del aliado poderoso que ha-

bia puesto en movimiento al gobierno español. Su vanidad sola podía igualarse con su ignorancia. Hizo venir á Badajoz el rey y la reyna para presenciar su triunfo y recibir once banderas halladas y no conquistadas, atencion que tuvo su recompensa. El rey habiéndole dado dos de estas banderas, le escribió que las añadiese á su escudo de armas. El primer cónsul supo muy pronto esta escena ridícula, y cuando el ministro Pinto llegó á Lorient con el encargo de comunicar al gabinete de las Tullerías el tratado del príncipe regente con la España, se le contestó que podía volver á embarcarse é ir á Badajoz á unirse con los negociadores. La guerra continuó entre Francia y Portugal. El príncipe regente logró poner sobre las armas hasta veinte y cinco mil hombres. Por su lado el general Leclerc, que ocupaba la provincia de Salamanca, empezó las hostilidades. En fin, la paz de Badajoz habiendo quedado como nula, el Portugal firmó otra en Madrid, el 29 de septiembre, con la Francia y la España. El primer cónsul, para lograr esta paz, se contentó con las dos ventajas que deseaba tener, que consistian en cerrar los puertos de todas

las posesiones portuguesas á los navíos ingleses, y en un aumento de territorio para la Guayana francesa. Quedó tambien estipulada la admision de los comerciantes de las dos potencias en los puertos respectivos, ínterin se concluyese un tratado de comercio. Esta campaña, algo estraña, acarreó otro resultado en beneficio de Bonaparte, habiéndose aumentado la enemistad entre las dos naciones de la Península.

Mientras tanto, el continente, sea por cansancio de tantos sacrificios, sea por sumision al ascendiente del gobierno consular, no quiso tomar parte en la lucha entre la Inglaterra y Bonaparte. Pero ya éste no queria popularizar la revolucion en los países extranjeros. Procuraba únicamente convertir á los enemigos de la República por sus victorias. Era en el hecho el dueño de la Francia, despues de haber sido su libertador; y marchaba hácia la autoridad absoluta, á la cabeza de la nacion. Discurrió que se acercaba el tiempo en que podria manifestar absolutamente los secretos de su política y de su gloria. Los Franceses no advirtieron las usurpaciones del poder, porque se dejaron alucinar por su glo-